



UN MES.

Madrid... 4
Prov. 3 meses... 30

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

LA MUJER VAMPIRO.

CUENTO NOCTURNO, POR HOFFMANN.

El conde Hipólito había vuelto de sus largos viajes para tomar posesión de la rica herencia que le dejó su padre, muerto hacia poco. El castillo de su familia estaba situado en un lugar de los más pintorescos, y las rentas del patrimonio permitían emprender las más dispendiosas mejoras.

Todo lo que llamara la atención del conde por la magnificencia y el gusto en los países que había visitado, y sobre todo en Inglaterra, resolvió reproducirlo. A su vez acudieron artistas y artesanos, y en seguida se empezó la reconstrucción del castillo y edificación de un parque que había de contener como dependencias la capilla y el cementerio.

El conde, que poseía los conocimientos necesarios, dirigió por sí mismo los trabajos, entregándose por completo á aquella ocupación. Un año transcurrió de este modo sin que le ocurriese, conforme al consejo de un tío anciano, brillar en los círculos de la corte, en presencia de las jóvenes, á fin de casarse con la mejor, más bella y más noble de todas.

Un día, muy de mañana, se hallaba sentado junto á una mesa de dibujo trazando el plano de una nueva construcción, cuando se hizo anunciar una señora anciana parienta de su padre.

Al oír el nombre de la baronesa, Hipólito recordó que su padre había siempre hablado de ella con la más profunda indignación, y hasta con horror, y que sin decir nunca los peligros que podrían correr, había advertido á las personas que deseaban entablar relaciones con ella, que procurasen evitarlas. Si sobre este punto se le exigía una explicación, daba por toda respuesta que en ciertas cosas valía más callarse que hablar.

Lo que había de cierto era que en la corte se circulaban murmuraciones sordas acerca de un

proceso criminal y muy extraño, en el cual la baronesa había sido complicada; en su consecuencia se había separado de su marido y tuvo que ausentarse; pero el príncipe le devolvió su gracia.

Hipólito experimentó un sentimiento desagradable á la aproximación de una persona que su padre tenía en horror, por más que los fundamentos de aquella aversión le fuesen desconocidos. No obstante, las leyes de la hospitalidad, vigentes sobre todo en el campo, le imponían el deber de recibir aquella visita importuna.

La baronesa estaba muy lejos de ser fea, pero jamás persona alguna produjo en el conde una impresión de repugnancia tan señalada. Al entrar fijó al conde con una mirada de fuego, en se-

Se quejó de que el padre del conde Hipólito había concebido hacia ella un odio mortal, dejándose llevar de prevenciones extrañas, inspiradas maliciosamente por personas de mala intención. Nunca había recibido el bien de su mano, á pesar de haberse visto en la mayor miseria, casi muerta de hambre, y reducida á tener que ruborizarse de su rango. En fin, habiéndose proporcionado casualmente una corta suma de dinero, pudo abandonar la corte y refugiarse en una ciudad de provincia. En este viaje, decía concluyendo, no había podido resistir al deseo de ver al hijo de un hombre, para cuyo odio implacable siempre había tenido la mayor estimación.

Con el acento conmovedor de la verdad pronunció la baronesa este discurso, y el conde se vio tanto más confuso, cuanto que habiendo separado la vista del desagradable rostro de la anciana, estaba perdido en la contemplación de una graciosa y encantadora joven que acompañaba á la baronesa. Esta guardó silencio, el conde pareció no apercibirse de ello, y permaneció mudo y turbado. Entonces la baronesa le pidió perdón de una falta cometida por su embarazo, cual era la de no haberle presentado á su hija Aurelia.

Entonces el conde, enrojándose como un joven en la turbación de una dulce embriaguez, halló palabras para aplicarle que le permitiese reparar las faltas en que su padre solo por error pudo haber incurrido, y que se dignara detenerse en el castillo. La baronesa manifestó su asentimiento, y el conde le estrechó la mano; mas de repente experimentó un extraño desorden y se estremeció de espanto. Sintió unos dedos helados y sin vida, y la desearnada figura de la baronesa que fijaba en él sus yertas pupilas, tomó el aspecto de un cadáver vestido con una ropa de brocado.

—¡Dios mío! ¡qué contratiempo! ¡y en este instante, sobre todo! exclamó Aurelia. Y con una voz dulce, cuyo eco llegaba al alma, dijo que su pobre madre padecía algunas veces ataques de catalepsia, pero que aquellos síncope eran ordinariamente de corta duración sin emplear ningún remedio. No sin trabajo pudo desembarazarse el conde de la mano de la anciana, pero en el éxtasis del amor estrechó la de Aurelia, y la cubrió de besos ardientes.

A pesar de que el conde estaba en edad madura, experimentó por la primera vez una pasión viva y poderosa, y por lo tanto le era más



Aurelia se quedó sorprendida, al oír que subían por la escalera.

imposible disimular sus sentimientos. La gracia encantadora con que Aurelia recibía sus atenciones, era para él del más dichoso augurio.

Algunos minutos habían trascurrido cuando la baronesa volvió en sí, sin acordarse de lo que acababa de sucederle. Explicó al conde lo mucho que se creía herida con la invitación de pasar algún tiempo en su castillo, y aseguró que este proceder era bastante para borrar el recuerdo de la injusta conducta que el padre de Hipólito había usado con ella.

La vida íntima del conde cambió completamente, y tuvo tentaciones de creer que un favor especial del destino le había traído la sola persona que, como esposa, podía colmar sus días de una felicidad suprema. La conducta de la anciana fué siempre la misma. Era silenciosa, seria y reservada, y dejaba ver con frecuencia sentimientos dulces y un corazón capaz de gustar inocentes placeres. El conde se había acostumbrado á la figura singularmente pálida y demacrada de la vieja, así como á su exterior de espectro. Todo esto lo atribuía á la mala salud de la baronesa y á sus constantes meditaciones sombrías, pues los criados le contaron que con frecuencia daba paseos nocturnos á través del parque y con dirección al cementerio.

Hipólito se sintió avergonzado de haberse dejado arrastrar por las prevenciones de su padre, y su anciano tío hizo vanos esfuerzos de elocuencia para exhortarle á renunciar al sentimiento que le dominaba, y á relaciones que algún día serían su perdición. Bien convencido del amor de Aurelia, el conde pidió su mano; y se concibe fácilmente lo mucho que á la baronesa agradaría esta proposición, que la arrancaba de la miseria para asegurarla una existencia dichosa.

La palidez había desaparecido del rostro de Aurelia, ni par que una indefinible expresión de dolor pesado é inevitable, y las delicias del amor, habían dado á sus ojos brillo y á sus mejillas una tinte fresca. Un accidente siniestro retardó el cumplimiento de los deseos del conde. La mañana del día de la boda se encontró á la baronesa tendida sin movimiento en el parque, á poca distancia del cementerio, con el rostro vuelto hacia el sol. Se la trasportó al castillo en el momento en que el conde acababa de levantarse y estaba en su ventana pensando con embriaguez en la dicha que iba á gozar. Creyó al pronto que el estado de la baronesa sería efecto de un ataque de catalepsia, como los que padecía algunas veces; pero todos los medios empleados para volverla á la vida fueron infructuosos. Estaba muerta.

Aurelia no se abandonó á un dolor violento; pareció consternada y como sin acción por este golpe imprevisto de la suerte, y no vertió una sola lágrima. El conde temió por su amada, y con una precaución y una delicadeza infinitas, se abstuvo de representar á la huérfana la necesidad de apresurar su unión todo lo posible, á pesar de la muerte de la baronesa, para evitar mayores inconvenientes. Al escucharle, Aurelia se arrojó á su cuello y exclamó con una voz conmovida y vertiendo un torrente de lágrimas:

—Sí, sí; por todos los santos, por mi salud, Diosículo.

El conde atribuyó este arrebató espontáneo de la pasión de Aurelia, á la idea desatadora de que huérfana, sin asilo, no sabía á qué lado volver sus ojos, y de que los miramientos sociales no le permitirían vivir por más tiempo en el castillo. Tovo cuidado de proporcionar á Aurelia una venerable matrona que le sirviese de aya durante algunas semanas, hasta el día fijado para la ceremonia nupcial. Esta ceremonia no fué turbada por ningún nuevo accidente, y causó la dicha de Hipólito y Aurelia.

Durante todo este intervalo, Aurelia había experimentado una agitación singular. No era el dolor causado por la pérdida de su madre, era más bien, una agonía devoradora que la perseguía incesante. Un día, tomada en el éxtasis de una amorosa conversación, se levantó de repente, pálida y dando señales de un espanto mortal; después, bañada de lágrimas, estrechó al conde en sus brazos, como si quisiera adherirse á él para no ser arrastrada por un invisible poder enemigo.

—No, ¡Nuncat! ¡Nuncat! exclamó.

Hasta después de su casamiento, aquel terror interno y aquella ansiedad terrible no parecieron disiparse.

Ya se concibe que el conde sospechó que una causa de desorden desconocida existía en el corazón de Aurelia, sin embargo, tuvo bastante delicadeza para no preguntarle en tanto que duró su agitación, y ella ocultó los motivos. Al fin arriesgó algunas palabras, preguntándole lo que había podido producir aquella extraña disposición de espíritu. Entonces Aurelia le dijo que sería para ella un placer abrir su corazón á un esposo querido. El conde supo con sorpresa que solo la conducta criminal de la madre había turbado el ánimo de la hija.

—¡Hay nada, exclamó Aurelia, hay nada más horrible que verse en la necesidad de odiar, de aborrecer á su propia madre?

Estas palabras probaban que el padre y el tío del conde no se habían equivocado, y que la baronesa engañó á éste con una refinada hipocresía. Entonces Hipólito consideró como un favor de la Providencia la muerte de la baronesa en el día de su boda. Sin embargo, Aurelia le declaró que precisamente la muerte de su madre la había agobiado bajo el peso de presentimientos sombríos, y que una superstición terrible de que no había podido triunfar, le presagiaba que su madre resucitaría un día para precipitarla en el abismo, después de haberla arrancado de los brazos de su amante.

He aquí los recuerdos que Aurelia conservaba de su infancia. Un día al levantarse encontró toda la casa en desorden. Se abrieron y cerraron las puertas con violencia, y oyó gritos lanzados por voces desconocidas. Cuando al fin se restableció la calma, el aya de Aurelia la tomó en sus brazos y la condujo á un salón espacioso, donde había mucha gente. Sobre una gran mesa en medio de la habitación, estaba tendido un hombre que jugaba con ella á menudo, la daba condes, y á quien ella llamaba padre. Estendió sus brazos hacia él para abrazarle, quiso darle un beso, pero sus labios, ardientes y animados otras veces, parecían entonces de hielo, y Aurelia percibió un hálito sin saber por qué. Después de esto el aya la trasladó á una casa extraña, donde permaneció largo tiempo. Al cabo se presentó una mujer que la llevó consigo en coche. Esta mujer era su madre, que poco después partió con ella para la corte.

Aurelia tenía muy cerca de diez y seis años, cuando se presentó en casa de la baronesa un hombre que fué recibido con alegría y familiaridad, como un antiguo conocido. Sus visitas se multiplicaron, y pronto se operó un cambio en la vida interior de la baronesa. En vez de hablar una casa humilde y de contentarse con pobres vestidos y alimentos frugales, fué á ocupar un alojamiento magnífico en el más hermoso barrio de la ciudad; se hizo de trages soberbios, y dió espléndidas comidas y cenas en unión del extranjero, convertida en su comensal. En fin, tomó parte en todas las diversiones públicas que podía ofrecer la corte.

Aurelia sola no gozaba del cambio de fortuna de su madre, dedicada enteramente al extranjero, como es fácil de presumir. Permanecía encerrada en su habitación, en tanto que la baronesa corría á las fiestas con el extranjero, y no estaba mejor vestida que antes.

El extranjero, aunque de edad por lo menos de cuarenta años, tenía el aspecto jóven y vigoroso, una figura que podía pasar por bella, y un tallo notable. No obstante, Aurelia experimentaba hacia él un sentimiento de aversión, porque sus maneras eran con frecuencia poco desembarazadas y vulgares, á pesar de sus pretensiones de la gracia y á la nobleza.

Las miradas que en aquel tiempo empezó á lanzar á Aurelia, penetraron á esta de un horror secreto, cuya causa no podía explicarse. En cuanto á la baronesa, no se cuidó nunca de instruir á su hija de nada de lo que concernía al extranjero. Entonces le dijo su nombre y título de barón, añadiendo que era un pariente lejano y poseedor de una fortuna colosal. Ponderó su esmero y sus buenas cualidades, y acabó por preguntar á Aurelia qué le parecía. Esta no disimuló su aversión, entonces la baronesa la motteó de necia, lanzándole una mirada que la hizo temblar.

Pero muy luego la baronesa manifestó hacia ella más bondad que nunca. Aurelia recibió trajes elegantes, ricos, prendidos de todas clases, y se le permitió asistir á las diversiones públicas. El extranjero manifestó á Aurelia un deseo de agrandar y más atenciones, que le hacían más y más insostenible á sus ojos. Por otra parte su delicadeza fué mortalmente herida con una escena escandalosa de que fué testigo por azar, y que no le permitió por más tiempo dudar de las relaciones que existían entre el extranjero y su madre criminal. Algunos días después, el odioso huésped, medio borracho, la estrechó en sus brazos, manifestando así bien á las claras sus abominables intenciones. La desesperación le prestó fuerzas; le rechazó con tanto vigor, que le hizo caer de espaldas, y corrió á encerrarse en su aposento. La baronesa declaró á Aurelia terminantemente, y con la mayor sangre fría que su conducta estaba fuera de lugar en aquella circunstancia; entonces la instruyó de que el extranjero hacía los gastos de la casa, añadiendo que no tenía ningún deseo de volver á su precedente miseria. La dijo que era necesario ceder á la voluntad de aquel hombre, que había amenazado con abandonarlas en caso de resistencia. En vez de conmoverse con las súplicas y lágrimas de Aurelia, la vieja se echó á reír á carcajadas con una insolente burla, y habló de unas relaciones que podían ofrecerle todas las voluptuosidades de la vida, en términos abominables y de tal manera opuestos á todo sentimiento de decencia y pudor, que Aurelia quedó escandalizada.

Creyéndose perdida no vió otro recurso que el de una fuga pronta. Halló medio de hacerse con la llave de la puerta que daba á la calle, y después de haber hecho un lío con la ropa más necesaria, atravesó á media noche la antecámara débilmente alumbrada. Creía que su madre dormía profundamente, y estaba á punto de abrir sin ruido la puerta de la antecámara y de salir de la casa; pero de repente la puerta se abrió, y oyó que alguien subía precipitadamente la escalera. Vestida con una bata de dormir, los brazos y el pecho desnudos, rotando sus cabellos grises, la baronesa entró en la antecámara y cayó de rodillas ante Aurelia. Tras de ella venía el extranjero con un grueso bastón en la mano.

—¡Espera, gritaba, hija maldita de Satanás, hechicera del infierno! Voy á servirte la refresco de boda.

Y arrastrándola por los cabellos hasta el centro de la sala, la maltrató cruelmente con su bastón.

La baronesa lanzó gritos horribles. Aurelia, casi desvanecida, abrió la ventana y gritó:

—¡Socorro!

Por casualidad pasaba en este momento por delante de la casa una patrulla armada, de guardias de policía, y acudieron á las voces.

—¡Apoderaos de él! gritó la baronesa á los soldados, estremecida de dolor y de rabia. ¡Arrestadle! Mirad su espalda desnuda: es...

Al pronunciar la baronesa su nombre, el sargento que capitaneaba la patrulla lanzó un grito de alegría.

—¡Oh! Al fin estás en nuestras manos. Crían, dijo:

A estas palabras los guardias se apoderaron del extranjero, y le llevaron consigo á despacho de su resistencia.

A pesar de todo lo ocurrido, la baronesa se aperció del deseo de Aurelia; pero se contentó con agarrarla rudamente por el brazo, lanzarla en su habitación y cerrar la puerta con llave sin decir una palabra. Á la mañana siguiente salió y no volvió hasta muy tarde. Encerrada Aurelia en su alcoba, no vió ni oyó á nadie, y permaneció todo el día con hambre y sed. En los sucesivos sufrió casi el mismo trato. Con frecuencia la miraba la baronesa con ojos chispeantes de cólera, y parecía meditar algún plan siniestro; al fin una noche recibió una carta que pareció causarle placer.

—Loca cristiana, dijo á Aurelia, tú eres la causa de todo esto; pero ahora todo va bien, y yo misma deseo verte eludir el castigo terrible que el mal genio te había destinado.

En consecuencia de aquella carta, la baronesa se hizo más complaciente, y Aurelia, que

no volvió á pensar en la fuga despues de la partida del estrangero, gozó de una libertad mas ámplia.

Habia transcurrido algun tiempo; Aurelia sola se hallaba en su aposento, cuando oyó en la calle un gran ruido. Su doncella entró precipitadamente, y le dijo que en aquel momento conducian al hijo del verdugo de *** , marcado y hecho preso en aquella ciudad por crimen de robo á mano armada, y que en el camino habia burlado la vigilancia de la escolta; poseída Aurelia de un siniestro presentimiento, se acercó á la ventana; habia adivinado: era el estrangero, á quien una escolta numerosa y bien armada conducia por la calle, atado con cadenas á una carreta; se le volvia á la prision para sufrir su pena. Los ojos de Aurelia se encontraron con los de este foragido, que levantó la mano con un gesto de amenaza, y la desdichada jóven cayó desvanecida en un sillón.

La baronesa seguia ausentándose por mucho tiempo de la casa, y dejando en ella á su hija. Esta soportó dias tristes y sombríos, pensando en las desgracias que podia temer.

La doncella no habia entrado al servicio de la baronesa sino despues de aquella noche memorable, pero seguia todas las apariencias, se le habia contado que el ladrón tenia relaciones intimas con la señora. Manifestó á Aurelia que se compadecía sinceramente á su madre por haber sido tan indignamente engañada por un maldado. Aurelia sabia muy bien á qué atenderse; parecíale imposible que los guardas de policia que habian arrestado al estrangero en la casa de la baronesa, no estuviesen instruidos de las relaciones que existian entre esta y el hijo del verdugo, puesto que les habia dicho su nombre é indicado el vestigio infame de su espalda.

A oír en los discursos ambiguos que de vez en cuando se permitia la doncella, esta era lo que se pensaba sobre aquel punto; corría el rumor de que el tribunal habia dispuesto una pesquisa severa, y amenazado á la baronesa con una prision porque el hijo del verdugo habia revelado estrañas circunstancias. La pobre Aurelia se veia obligada á reconocer la depravacion de su madre, que despues de este horrible suceso, aun se atrevia á vivir un solo instante en la corte.

Al fin la baronesa cedió á la precision de abandonar una ciudad donde estaba espuesta á sospechas infames y harto bien fundadas, y huir á un castro lejano. Durante esta ausencia llegó al castillo del conde, y sucedió lo que hemos referido. Aurelia hubiera debido estar en el colmo de la dicha y al abrigo de todo temor; pero cuál fué su espanto, cuando un dia que esplicaba á su madre la satisfaccion que experimentaba con los favores del cielo, esta exclamó con voz terrible y los ojos chispcantes de cólera:

—Tú causas tu desgracia, criatura ahyecta y malhada; pero aun cuando una muerte súbita me sorprendiese, la venganza te sorprenderia en medio de tu dicha imaginaria. En estos accesos nerviosos, cuyo origen se remonta á tu nacimiento, los artificios de Satan.

Al llegar aqui Aurelia se detuvo repentinamente, se arrojó á los brazos del conde, y le suplicó la dispensa de repetir las palabras que la baronesa habia pronunciado en su insensato furor. Sentía su corazón herido al recordar las amenazas turrózoas de aquella madre poseída de los malos espíritus, amenazas que escedian á todos los horrores imaginables. El conde consoló á su esposa como mejor pudo, sin ser dueño de contener un movimiento de terror. Cuando estuvo mas tranquilo se persuadió con sentimiento de que los crímenes de la baronesa, aunque muerta ya, habian lanzado una funesta sombra sobre una vida que creyó debia correr dichosa.

Poco tiempo despues Aurelia cambió sensiblemente; la palidez de sus facciones, sus ojos sin brillo, parecian indicar una enfermedad interior, y al mismo tiempo sus maneras emborrazadas hacian sospechar que la turbaba un nuevo misterio, huya hasta de su esposo: tan pronto se encerraba en su aposento, tan pronto buscaba los lugares mas retirados del parque; y cuando se dejaba ver, sus ojos enrojecidos y llenos de lágrimas, sus facciones desfiguradas, eran indicios de la pena que la consumia.

El conde hizo esfuerzos inútiles para pro-

fundisar las causas del estado de su muger; cayó en el mas profundo abatimiento, y no salió de él hasta despues de haber consultado á un facultativo. Este sospechó que la grande irritabilidad nerviosa de la condesa y el quebranto de su salud, daban fundamento á la esperanza de ver nacer un fruto de aquella dichosa union.

Un dia este médico, que creia á Aurelia en cinta, se permitió algunas observaciones sobre su estado. La condesa no atendió al pronto á la conversacion del conde con el facultativo; mas de repente prestó oidos cuando este último empezó á hablar de los gustos singulares que las mugeres experimentaban en este estado, y á los cuales no podian resistir sin afectar á su salud y hasta á la del hijo. La condesa agobió al médico con preguntas, y este no dejó de contarle las anécdotas mas burlescas.

—Sin embargo, añadió, existen ejemplos de deseos desarreglados, que han impulsado á las mugeres á horribles acciones. La muger de un herrero experimentó un deseo irresistible de comer de la carne de su marido; hizo vanos esfuerzos por dominarse, y un dia que el herrero entró en su casa borracho, se apoderó de un cuchillo y le hirió tan cruelmente, que murió algunas horas despues.

Apenas pronunció el médico estas palabras, la condesa cayó sin conocimiento de su sillón; con estrema dificultad pudieron calmarse las convulsiones que siguieron á su desmayo. El doctor conoció que habia hecho mal en mencionar aquella horrible aventura en presencia de una muger tan impresionable.

Sin embargo, esta escena ejerció al parecer una saludable influencia en la condesa, y la devolvió un poco de calma; pero poco tiempo despues tuvo accesos de negra melancolia. Sus ojos resplandecieron con un fuego sombrío, y su rostro se cubrió de una palidez mortal y siempre creciente, lo que inspiró al conde nuevos temores por la salud de su esposa. Habia en su estado algo de inexplicable, pues no tomaba el menor alimento. Manifestaba un horror invencible hácia todos los manjares, y con especialidad hácia la carne. Cuando se la servia se veia precisada á abandonar la mesa, y daba manifestos señales de disgusto.

La ciencia del médico fué inútil, pues las mas tiernas súplicas del conde no fueron bastantes á hacer que la condesa tocase al menor remedio. Semanas y meses enteros transcurrieron sin que tomase ningun alimento; la manera con que podia sostener su vida era un misterio para todos, y el médico fué de opinion que habia alli alguna cosa fuera del alcance del saber humano. Abandonó el castillo con un vago pretexto; pero no dejó de conocer el conde que el estado de su esposa habia parecido muy peligroso y muy enigmático al hábil doctor, para permanecer por mas tiempo siendo testigo de una enfermedad inexplicable, cuya curacion era de una imposibilidad absoluta.

Puede imaginarse la triste situacion del conde, pero esto no era todo. Un antiguo criado se aprovechó de un momento en que el conde estaba solo, para advertirle que la condesa salia todas las noches del castillo, y no entraba hasta el despuntar del dia. El conde se estremeció. Reflexionando vió que en efecto desde hacia algun tiempo, un letargo extraordinario se apoderaba de él á media noche. Atribuyó esta circunstancia á algun soporífico que la condesa tendria cuidado de hacerle beber sin que él se apercebiese de ello, para poder salir clandestinamente de la alcoba que partian contra el uso de las personas de su rango.

Poseído de las sospechas mas horrosas, Hipólito se acordó de la madre y de su diabólico espíritu que la hija habia acaso heredado; pensó en el hijo del verdugo, y temió alguna relacion adúltera. La noche siguiente iba á descubrirse el abominable misterio, origen del singular estado de Aurelia.

La condesa tenia la costumbre de irse á acostar despues de haber preparado el té que el conde tomaba solo. Esta noche no lo tomó, siguió leyendo en su lecho, segun costumbre, y no se apoderó de él el letargo de otras veces. Sin embargo, se dejó caer sobre la almohada, y fingió que dormia profundamente. Entonces la condesa se levantó sin hacer ruido, se acercó al lecho

del conde, le miró el rostro á la luz de una bujía, y se deslizó suavemente fuera de la alcoba.

El conde se estremeció, se levantó, se puso su capa y siguió con paso cauteloso á la condesa. Estaba ya lejos, pero hacia luna, y la apercebió distintamente vestida con una bata blanca. Aurelia atravesó el parque y se dirigió al cementerio, detrás de cuya lujia desapareció Hipólito la seguia; encontró abierta la puerta del cementerio y entró en él.

Ya dentro, vió á la claridad de la luna un horroroso espectáculo. Muchas apariciones formaban un círculo cerca de él. Era un mas cuantas viejas sentadas en el suelo, medio desnudas y con los cabellos flotantes. En medio del círculo estaba el cadáver de un hombre que reian con una avidez de fieras.

Aurelia estaba entre ellas.

Una agonía cruel, un hervor profundo hicieron huir al conde del teatro de esta escena infernal. Hasta el nuevo dia murió al azar por las calles de árboles del parque, y no volvió en su acuerdo hasta hallarse ante las puertas del castillo. Por un movimiento maquinal é involuntario subió rápidamente la escalera; atravesó los aposentos y entró en su alcoba. La condesa parecia mecida por un dulce sueño, y sin embargo, Hipólito no habia soñado su salida del castillo; su capa estaba aun bameada del rojo, pero quiso persuadirse de que habia sido el desdichado juguete de una vision.

Sin esperar á que la condesa se despertase, se vistió y fué á dar un paseo á caballo. La belleza de la mañana, el perfume de las flores, el trino de las aves, le hicieron olvidar los fantasmas de la noche.

Volvió tranquilo y consolado, y se sentó á la mesa con su muger; mas cuando sirvieron un plato de carne cocida, y vió que la condesa quiso retirarse espresando su repugnancia, Hipólito conoció la realidad de los horribles hechos de que habia sido testigo.

—¡Oh!osa criatura, exclamó con voz terrible y levantándose encolerizado; muger infernal, ya se de donde proviene tu aversion hácia el alimento de los hombres; es porque vas á las tumbas á buscar el tayo.

Apenas dijo estas palabras, Aurelia se precipitó sobre él dando alaridos, y le mordió en el pecho con el furor de una hiena. El conde rechazó violentamente á la poseída, que espiró entre horribles convulsiones.

En cuanto á él se volvió loco.

QUIMICA APLICADA.

FABRICACION INDUSTRIAL DEL ALUMINIO.

Los excelentes trabajos de Mr. H. Deville, han hecho conocer recientemente las preciosas cualidades que posee el aluminio, y desde este momento era de desear que este metal pudiese ser preparado en grande, y vendido á un precio cómodo á las artes que pudiesen beneficiarlo. Este objeto acaba de conseguirse; MM. Deville, Rousseau y Moín, fabrican en la actualidad el aluminio por procedimientos verdaderamente industriales, que permiten realizar las extracciones de este metal en una escala tan grande como pueda exigirlo el consumo. Pueden ya esponder el aluminio á trescientos francos el kilogramo; como la plata cuesta doscientos veinte y cinco francos el kilogramo, pudiera creerse que el precio del aluminio es mas elevado que el de la plata. No es así, sin embargo; en efecto, siendo el aluminio cuatro veces mas ligero que la plata en igual volumen, con setenta y cinco francos de aluminio pueden hacerse los mismos objetos que con doscientos veinte y cinco francos de plata.

El aluminio es un poco menos blanco que la plata; pero no se ennegrece como este metal bajo la influencia de emanaciones sulfuradas, y es tambien completamente inalterable á la accion del aire, lo que le hace muy útil para la confeccion de una multitud de objetos usuales, como cubiertos, cuchillos de postre, etc. La sonoridad del aluminio es estrema: es superior á la del

bronce y del acero: esta propiedad preciosa será sin duda utilizada para la fabricación de los instrumentos de música. La dureza del aluminio es casi igual á la del zinc.

El aluminio no pesa mas que el vidrio en igual volúmen, es decir, casi dos veces y media tanto como el agua. Esta extraordinaria ligereza permite emplear en una multitud de usos este inalterable metal, fácil de trabajar por el martillo y de reducirse á láminas delgadas ó en hilos finos, y que puede recibir por medio del molde toda especie de formas. Los constructores de instrumentos necesitarán ya recurrir á él con éxito para el fiel de las balanzas delicadas, que pueden ser tan ligeras y al mismo tiempo tan exactas como sea posible: para las mas pequeñas subdivisiones del gramo, que llegan á ser fáciles de manejar cuando están hechas con láminas finas de aluminio; para los platillos de los anemómetros, etc.

Este metal, que está destinado á prestar tan grandes servicios, está muy esparcido en la naturaleza; las arcillas ó tierras gredosas, contienen de él de 10 á 20 por 100. Hasta hoy se empleaba un método muy complicado para sacar el aluminio de las arcillas, en donde existe en el estado de *alúmina*, combinación de este metal con uno de los elementos del aire; y aun se prefiere extraerle de la alúmina por medio del alumbre, que se encuentra á un precio muy ínfimo en el comercio. La alúmina está mezclada con carbon y sal comun (cloruro de sodio); se la calienta al grado rojo á una corriente de cloro. Se obtiene de este modo un producto volátil que va á reunirse en un aparato de condensación, y se recoge en masas sólidas por el enfriamiento; este es un *cloruro doble de aluminio y de sodio*. En esta preparación puede reemplazarse la alúmina por el kaolin, ó tambien por la arcilla de Dreux.

El cloruro, doble producto de la operación precedente, está mezclada con sodio en pedacitos, é introducido en un horno de reverbero el sodio descompone el cloruro de aluminio, formando cloruro de sodio; el aluminio se separa; una parte se reúne en láminas, la otra se disemina en glóbulos, y la masa de cloruro de sodio que hay en él se puede separar fácilmente. El sodio debe ser fabricado con especialidad para esta operación. No hace mucho era todavía el sodio un producto de laboratorio, que tenía un precio sumamente elevado; pero gracias á los perfeccionamientos que Mr. Deville ha introducido en su preparación, se extrae al presente el sodio con tanta facilidad como el zinc. Basta calentar al grado rojo una mezcla de carbonato de sosa, de creta y de carbon en un tubo de palastro guarnecido con arcilla. El sodio queda libre, se convierte en vapor y va á condensarse á un recipiente.

Las propiedades de este último metal son muy diferentes de las del aluminio. Este es un metal de un blanco puro, dulce como la cera, que se destruye rápidamente con la acción del aire, de modo que se conserva ordinariamente en aceite de nafta. El sodio descompone el agua, desprendiendo de ella el hidrógeno, que se inflama cuando se obra sobre una pequeña cantidad de agua, formándose de la sosa (óxido de sodio), que queda de disolución en el agua. El sodio fué descubierto en 1808 por Davy, descomponiendo la sosa por una corriente eléctrica; MM. Gay-Lussac y Thenard fueron los primeros que consiguieron prepararle por un procedimiento puramente químico.

La industria podrá acaso utilizar este metal, cuyas afinidades químicas son tan preciosas, y que se puede obtener por un precio ínfimo. Pero hagamos notar que las materias necesarias para la fabricación del sodio y del aluminio, tienen en París un precio mas elevado que en los países industriales. Por eso Mr. Dumas decia presentando el aluminio en la Academia de Ciencias, que Marsella parecia ofrecer las condiciones mas ventajosas para la extracción en grande de este metal.

FABRICACION DE LA CERVEZA EN LONDRES.

Si nosotros tenemos nuestros vinos, en cambio los ingleses tienen su cerveza; si nosotros

ponderamos nuestro Jerez y nuestro Málaga, los ingleses exaltan su Porters, su Stouts y sus cervezas fuertes; si nuestros poetas han cantado el *lumo de la vid*, los suyos han cantado el de la *malla*; el gran Shakspeare ha dicho: «un jarro de cerveza es un regalo de rey.» Así que la fabricación de la cerveza ha sido siempre considerable en Londres. En 1588 era de seiscientas cincuenta mil pipas, y no ha cesado de aumentar este producto incesantemente desde aquella época. Pero sobre todo, á contar desde 1830 en que se suprimió el impuesto sobre la fabricación de la cerveza, ha tomado un desarrollo verdaderamente prodigioso; de modo que en 1840, es decir, en el espacio de diez años, el comercio de la mayor parte de la cervecería se aumentó un 33 por 100, y en algunas partes un 50, siguiendo hasta hoy esta progresión.

La casa mas importante de esta industria en Londres es la de Bairclay, Perkin y compañía. Los detalles siguientes darán al lector una idea de la inmensidad de las operaciones de este establecimiento. El aparato en que se hace la cerveza contiene lo menos de 1,000 á 1,200 pipas, ó cerca de 50,000 gallones, ó sea en la medida moderna 227,117 litros; se necesitan allí diariamente unos 150,000 gallones de agua (674,450 litros), que hay que sacar de manantiales á 200 ó 300 pies bajo de tierra, elevándola á una altura de 80 á 90 pies sobre el nivel del suelo. Anualmente se necesitan 100,000 cuarteras de malta (mas de 29,000,000 de litros). Empleanse allí de 200 á 300 caballos; hay toneles que contienen de 4 á 5,000,000 de gallones de cerveza (de 17,720,000 litros á 22,745,000). Se sirven de máquinas de vapor de una fuerza de 100 á 120 caballos; se consumen anualmente de 4 á 5,000 toneladas de carbon (de 4 á 5,000,000 de kilogramos); se ocupan allí de 400 á 500 personas; se gastan 80 ó 100,000 libras esterlinas (de 8 á 10,000,000 de reales) solo en barricas; el capital total de la casa es de millon y medio de libras esterlinas (unos 450,000,000 de reales); en fin, el terreno en que se hace esta gigantesca explotación, se estiende en una superficie de 8 á 10 acres (4 hectáreas próximamente).

MISCELANEA.

UN COMPLIMIENTO ANDALUZ.—Un andaluz queria mucho á una linda muchacha dotada á la vez de gran dulzura y de mucho talento. Un dia que estaba á su lado, mientras que trabajaba en un bordado, se picó con la aguja y se hizo sangre, dejando escapar un chillido de sorpresa y de dolor.

—Señorita, exclamó, ¿qué hace vd? Vd, quiere matarse. ¿No sabe vd. que toda herida en el corazón es mortal? Porque vd. tiene talento hasta en las uñas, y corazón hasta las yemas de los dedos.

EL DUQUE DE ROCHEFOCAULT.—El mes de enero de 1776, el duque de Rochefoucault, yendo á Versalles y viendo á sus dos lacayos pasados de frío, los hizo entrar en el coche. Aquel acto de humanidad mereció en la corte los mas grandes elogios.

—Mucho he sentido, respondió el duque, no poder hacer entrar tambien al cochero y los caballos.

FONTENELLES, CENSOR.—Envió un autor á Fontenelle, nombrado su censor, un manuscrito para que le examinase, Fontenelle negó su aprobación.

—¿Cómo, señor! dijo el autor, ¿vos que habeis hecho los *Oráculos*, no me pasaréis esto?

El filósofo respondió tranquilamente: —Si yo hubiera sido el censor de los *Oráculos* no los hubiera aprobado.

LA INUTILIDAD DE SABER SU EDAD.—Preguntaba un dia Mr. de Bassompierre al capitán Striche qué edad tenia.

—A fe mía que no lo sé de fijo, respondió el capitán, pero me parece que podré tener treinta y ocho á cuarenta años.

—¿Cómo es que no tenéis cuidado de saber vuestra edad?

—¿Carriñita, caballero! Yo cuento mis rentas, mi dinero, mis ganados, pero mis años no los cuento jamás. Sé muy bien que no los he de perder, y que nadie me los ha de quitar.

DECLARACION DELICADA.—Una señora decia á un joven de muy alta estatura:

—No puedo tolerar los hombres que son tan grandes.

Picóse éste, pero queria á la señora, y trató de hacerse amar de ella, y lo consiguió. La hermosa estaba vencida. Lo embarazoso era confesar su derrota. Un dia que parecia mas meditabonda que de ordinario, la preguntó su amante en qué pensaba tan seriamente.

—Pienso, dijo... en que os vais achicando todos los dias.

LA VIRTUD.—Una aldeana linda y muy virtuosa, habiendo inspirado una fuerte pasión á un gran señor, le dijo:

—Tu virtud es todo lo que amo en ti.
—Pues bien, caballero, no me esponga vd. al peligro de perder todo lo que vd. ama.

UNA POSDATA.—Un majadero escribió la carta siguiente á uno de sus amigos:

«Mi querido amigo: he olvidado mi caja de tabaco, de oro, en tu casa; hazme el gusto de enviármela por el dador de la presente.»

En el momento de cerrar la carta encontró su caja de tabaco, y añadió en *posdata*:

«Acabo de encontrarla; no te tomes el trabajo de buscarla.»
Después cerró su carta y se la envió.

EL DORMILON EN LA DILIGENCIA.—Uno que dormía en un carruaje público fué despertado por uno de sus amigos:

—¿Qué! siempre estareis durmiendo? Hemos andado mucho mientras habeis dormido.

—¿Y cuánto? preguntó el dormilon.
—Estamos, respondió el otro, á mas de dos leguas de aquí.

LAS OBRAS PÓSTUMAS.—Un muchacho muy curioso, por instruirse le preguntaba un dia á su padre:

—Papá, ¿no podrías decirme qué es una obra póstuma?

—Se llama póstumo un libro que un autor publica después de su muerte.

LOGOGRIFO.



SOLUCION DEL LOGOGRIFO INSERTO EN EL N.º 28.

El abanico en verano, es media vida para las señoras.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.